

Noelia
Amarillo

No soy tu príncipe



No soy tu príncipe

*Príncipes azules
y otros cuentos chinos, 1*

Noelia Amarillo

Esencia/Planeta

© Noelia Amarillo, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2023
ISBN: 978-84-08-27889-4
Depósito legal: B. 14.351-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Cirila

Volčji Grad, Eslovenia, marzo de 2003

En el momento en que Cirila salió de casa, su aliento se condensó en una nube gris que no tardó en disiparse en el gélido amanecer. Se bajó la bufanda para liberar su cara y la alzó hacia las escarchadas gotas de lluvia que danzaban en el aire. Una tímida sonrisa se insinuó en sus labios. No le importaba el frío, era feliz en el exterior con el cielo de techo y las montañas de paredes. Sin nada que la limitara. Libre para volar tan lejos y alto como quisiera. O para soñar que lo hacía.

Como siempre, la realidad no tardó en asomarse a la ventana y recordarle que no le sobraba tiempo para perderlo fantaseando.

—¡Ciri! ¡El Señor castiga a los perezosos, deja de holgazanear o llegarás tarde al trabajo! ¡Y súbete la bufanda, insensata, está helando! ¡Dios no te cuida si tú no lo haces!

Cirila obedeció avergonzada por la merecida regañina y se dirigió a la parada del autobús que comunicaba la aldea con los pueblos cercanos y el complejo residencial. La sonrisa no tardó en regresar a sus labios. Ese día era su cumpleaños e iba a ocurrir algo que lo cambiaría todo. Se lo decía el corazón. Sería el principio de su nueva vida. Al fin y al cabo, solo cumpliría catorce años una vez en su vida.

Tiempo después se apeó del autobús y se encaminó presurosa al chalet en el que trabajaba; no quería que nadie le dijera a su tía que iba pisando huevos. Era lo malo de que la mitad de la aldea trabajara en la zona residencial, que todos sabían quién era: la sobrina

de Brigita. La bastarda huérfana que había matado a su madre al nacer y a la que Brigita, como buena cristiana, había acogido. Su sonrisa vaciló antes de recordar que era su cumpleaños y que iba a ocurrir algo maravilloso. No podía ser de otra manera.

Al llegar al chalet descubrió el jardín invadido por los albañiles, accedió por la puerta de servicio, se puso su uniforme y se presentó en la cocina para recibir instrucciones del ama de llaves.

—¡Ciri! ¿Has visto a los obreros que harán el cenador? Hay uno que es un regalo para la vista. —Se le echó encima su mejor amiga.

—No me he fijado, había muchos...

—El que te digo destaca por encima de los demás. Es alto y guapo. Y tiene una sonrisa...

—Y una mirada..., parece que puede ver bajo tu ropa —se burló la limpiadora.

—Lo llaman *el Español*, porque es de España, donde siempre hace sol y buen tiempo. Y además de guapo tiene un buen trabajo; oficial de primera, nada menos. Ya me gustaría casarme con él y que me llevara a su país...

—Dudo que ese hombre os dedique una sola mirada —dijo burlona la cocinera, que también era la prima de Cirila—. Dejaos de charlas y poneos a trabajar —ordenó.

—Mira, Ciri, es ese... —Se lo señaló con disimulo su amiga cuando salieron a repartir tazas de café que calentaran un poco a los helados obreros.

Ciri lo observó crítica. Se acercaba a los cuarenta, tenía una leonada melena castaña, unos expresivos ojos grises y un cuerpo fibroso; en conjunto no estaba mal, pero era demasiado viejo. No le interesaba.

Entonces él se fijó en Ciri y le sonrió.

Y Cirila se replanteó su opinión inicial. La diferencia de edad no era importante en un hombre cuya sonrisa transmitía tanta gentileza y jovialidad. Se la devolvió con timidez y bajó la mirada sonrojada.

Y él decidió, en contra del vaticinio de la cocinera, que sí iba a hacer el esfuerzo por una muchacha tan bonita, apacible e inocente.

Tardó menos de una semana en tenerla comiendo de su mano.

Pedro (así afirmó llamarse) era, además de guapo, inteligente

y carismático. Los primeros días escoltó a la joven a la parada del autobús al terminar la jornada. No tardó en acompañarla a la aldea. Tampoco en besarla al amparo de la noche como dos amantes furtivos. Eran ellos contra el mundo, viviendo una aventura narrada en miles de novelas de amor. Pero la suya era especial. Porque no era un libro, era real. Se amaban.

Él hablaba un esloveno tosco y limitado, pero aun así siempre tenía un relato apasionante que contar (que ella captaba a medias, pero no importaba, lo que no entendía lo inventaba, mejorando las historias). Había vivido en docenas de países diferentes y era un alma libre. La entendía como nadie, conocía sus pensamientos e inquietudes. No la juzgaba cuando perdía el tiempo fantaseando ni se mofaba de sus sueños, al contrario, los compartía. Tampoco le importaba que fuera una chica humilde sin nada que ofrecer, excepto a sí misma. Con eso era suficiente para él.

Y Cirila se le ofreció por entero.

Se enamoró como solo un alma debilitada por la soledad puede hacerlo. Sin medida ni juicio y desoyendo los malos augurios y las advertencias de su tía, pues, como afirmó Pedro, eran fruto de sus estrictas creencias religiosas. Brigita era demasiado intransigente para aceptar a un extranjero no practicante en la familia. Además, ¿de qué manera podría aprovecharse él de ella? No poseía nada que pudiera robarle, excepto su corazón. Y Cirila se lo había entregado voluntariamente.

Un mes después de conocerlo, se mudó con él. En pecado, como la acusó su tía. Pero no importaba, Pedro había dicho que se casarían cuando ahorraran lo suficiente para volver a España y vivir en la casa que poseía en un valle entre montañas. Además, no podía ser pecado cohabitar con un hombre que la amaba tanto y la hacía tan feliz.

El primer mes de convivencia fue un sueño hecho realidad. Pedro era encantador. Hablaban sin parar y se amaban sin cesar, no existía para Ciri nadie más que él.

El segundo mes descubrió que a Pedro le gustaba salir con sus amigos y, a tenor de su aliento y de cómo arrastraba las palabras —y los pies— a su regreso, que también le gustaba beber. Y salir no era barato, lo que retrasaría sus planes de boda, algo que Cirila le

reprochó. ¿Acaso no confiaba en que cumpliría su promesa?, le reclamó él furioso. Si no estaba conforme podía regresar a casa de su tía. A él no le ponía cadenas ninguna cría.

El tercer mes Pedro perdió su trabajo y se tomó un tiempo de vacaciones. Ese mes Ciri aprendió que guardarse sus opiniones cuando estas no coincidían con las de él hacía la convivencia más fluida. Y fácil.

El cuarto mes Pedro comenzó a buscar empleo —de bar en bar—, pero no encontró nada que le conviniera —ni a ningún incauto que lo contratara—, así que Ciri buscó casas para limpiar cuando acababa su turno en el chalet.

El quinto mes Cirila recibió una bofetada cuando le reclamó el dinero del alquiler (que ella le había entregado días antes junto con su salario). A Pedro no le gustó su exigencia y se lo hizo saber de manera contundente. No iba a permitir que una mocosa que solo servía para abrirse de piernas le dijera lo que debía hacer.

El sexto mes Cirila descubrió que estaba embarazada. Decidió guardárselo para sí hasta que las cosas fueran un poco mejor.

El séptimo mes la estrelló contra la pared. Asustada, Ciri le confesó que estaba embarazada y haría daño al bebé si le pegaba. Él la regañó indignado por su desquiciada imaginación. ¿Cómo podía creerlo capaz de pegarle? Una cosa era darle un suave tortazo para reconvenirla y otra muy distinta golpearla, algo que nunca había hecho. Le dolía que pensara así de él. Pero se lo perdonaba. Porque la quería.

El octavo mes todo volvió a ser como al principio. Enamorados hasta la locura. O eso afirmaba él cuando regresaba tambaleante de madrugada. Cirila sonreía y asentía. Era más fácil así. Más seguro.

El noveno mes Cirila le suplicó que no se gastara el dinero —que apenas tenían— en fiestas. Él se largó dejándola encerrada en casa. Con llave. Sin posibilidad de salir. Cuando regresó, tres días después y borracho, se derrumbó en la cama sin dedicarle una mirada a su intimidada y hambrienta novia. Ciri esperó a oírlo roncar, llenó una mochila con sus escasas pertenencias y escapó sin mirar atrás.

Estaba embarazada de cinco meses.

Regresó a casa de su tía. Esta la recibió con gesto reprobatorio al ver su preñez.

—¿Dónde está tu marido? —fue su saludo.

—No nos casamos —replicó Ciri con una entereza que no sabía que tenía.

Brigita tomó nota de su vientre prominente y de sus ojos hinchados por el llanto.

—«No hables a oídos del necio, porque despreciará la sabiduría de tus palabras», Proverbios 23, 9 —le recordó sus advertencias, que Ciri había ignorado. Se hizo a un lado para que entrara y le dijo a su hija—: Haz hueco a Ciri, volvéis a compartir habitación.

Al día siguiente Pedro se presentó allí y reclamó ver a Cirila. Esta se negó. Así que él le explicó lo sucedido a Brigita. Ciri era una niña irresponsable y holgazana que tenía la casa abandonada y, a pesar de eso, él estaba dispuesto a casarse con ella.

Brigita le prometió hablar con su sobrina. Lo hizo. Ese hombre era el padre de su hijo y este debía nacer en el seno de un matrimonio bendecido por Dios. ¿O quería repetir la historia y tener un niño en pecado como su madre la había tenido a ella?

Cirila no atendió a razones. No se casaría con Pedro ni dejaría que se acercara a su bebé. Era un mal hombre y, si la obligaban a ir con él, se escaparía de nuevo y no la volverían a ver nunca más. No permitiría que su bebé fuera infeliz.

Su tía la miró con respeto y asintió. Al día siguiente Pedro regresó esperando encontrar a su dócil novia dispuesta a acompañarlo sin una queja, pero lo que halló fue a una mujer vulnerable y asustada que se negó a ir con él, no dejándole otra opción que arrastrarla a la calle mientras ella se resistía con uñas y dientes, literalmente.

Allí lo esperaba Brigita. No estaba sola. La acompañaba la escopeta de caza que había heredado de su difunto marido. Lo apuntó.

—Suéltala.

—Es la madre de mi hijo —replicó él—. No te metas en lo que no te importa.

—«Esos hombres, como animales irracionales nacidos para presa y destrucción, perecerán en su propia perdición», Pedro 2, 12. Vete. No eres bienvenido en mi casa. —Apuntaló la escopeta contra su hombro y quitó el seguro.

Pedro se resistió un instante antes de soltar a Cirila y apartarse.

—Esto no quedará así, puta. Te haré llorar lágrimas de sangre
—le juró a Ciri antes de irse.

Y no quedó así.

Un mes después de cumplir los quince años, Cirila tuvo a su bebé en casa, ayudada por su tía, su prima y la matrona que daba servicio a la aldea. Fue un parto largo y laborioso que la dejó agotada. Se durmió con su hijito en la cama junto a ella.

Cuando despertó, el bebé no estaba. Y nadie sabía qué había pasado con él.

Pero ella sí sabía lo que había ocurrido. Pedro se lo había llevado.

Los buscó, pero resultó que ni se llamaba Pedro ni sus apellidos ni los datos que había dado en sus trabajos eran reales. Nadie sabía nada de él más allá de que era español. Y ni siquiera eso tenía por qué ser cierto.

Volčji Grad, Eslovenia, 20 de abril de 2005

Al terminar su turno, Cirila se cambió de ropa sin perder un instante y fue a la parada del autobús. Al llegar a la aldea corrió a la casa de su tía. Ese día su hijo cumplía un año y estaba segura de que recibiría una carta del monstruo (se negaba a llamarlo Pedro). Le había mandado la primera cuando su bebé hizo un mes y desde entonces llegaban cuando menos lo esperaba. Estaba segura de que no olvidaría torturarla ese día tan señalado.

Entró como una exhalación en su dormitorio y, apoyado en su almohada, encontró un sobre. Tenía matasellos de Francia. Lo abrió con dedos trémulos y sacó las fotos; en realidad, los trozos de fotos, pues él siempre le mandaba recortes. No había ninguna hoja manuscrita que acompañara las imágenes mutiladas. No era necesario. En la primera misiva el monstruo le había dejado instrucciones claras sobre lo que debía hacer: no buscarlos y estarse calladita. Si se le ocurría ir a la policía con el cuento de que le había quitado al bebé, lo sabría y le mandaría al niño como le mandaba las fotos: en pedazos.

Así que Ciri callaba. Y sufría. Y rezaba.

Dio la vuelta a las fotos buscando aquella en la que estuviera

escrito el nombre de su hijo, que variaba a capricho del monstruo. En la primera carta fue Jaka, en la siguiente Zdravko y en la subsiguiente Aljosa; desde entonces los repetía aleatoriamente. Al monstruo lo divertía cambiarle el nombre para que ni siquiera supiera cómo llamar a su hijo cuando rezaba a Dios pidiéndole que lo protegiera. Pero su tía afirmaba que a Dios no le importaba, Él cuidaría de su bebé aunque no le dijera su nombre. Y Cirila rezaba cada noche al acostarse y cada mañana al levantarse. En cualquier momento y lugar pedía por su hijo. Sentía que Él la escuchaba y lo cuidaba. Era lo único que la reconfortaba en la agonía que era su vida.

Se limpió las lágrimas, sacó del cajón los recortes que había reunido a lo largo del año y los extendió en la cama junto a los recibidos ese día. El monstruo jamás le mandaba una foto completa, ni siquiera de su cara. Le enviaba fragmentos, un ojo, la frente, los dedos de los pies, una mano, un muslo regordete, la boca..., para que no pudiera saber cómo era su niño. Pero ella había aprendido a ser lista y los ordenó como si se tratara de las piezas de un puzle, creando un retrato abstracto de su bebé. De Jaka. Era un niño muy hermoso. De piel clara, con el pelo castaño, los ojos claros y la boca muy definida. Parecía un ángel. Deslizó las yemas sobre el rostro fragmentado y rompió a llorar.

—No llores, prima. —Anika entró en el dormitorio al oír su llanto—. Pedro no le hará daño al bebé, es su padre. Lo tendrá en su casa del valle entre montañas en un país en el que siempre hace calor —trató de animarla.

Cirila negó desolada. Su prima era una ingenua si pensaba que un monstruo que había dicho una mentira tras otra diría la verdad sobre su casa de ensueño.

—Tu bebé volverá a ti si tienes fe —sentenció su tía desde la puerta—. «Porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abrirá», Mateo 7, 8.

Cirila rezó sin desfallecer y, con el tiempo, sus oraciones se convirtieron en charlas a corazón abierto con un viejo amigo al que no podía ver pero sí sentir. Un amigo cómplice en el que depositaba su esperanza, pues Dios era el único que podía ayudarla.

Los años pasaron y las cartas siguieron llegando aleatoriamente

te. Podía recibir varias en un mes o pasar un año entre una y otra. Ciri imaginaba que dependía de lo aburrido que estuviera él y de las ganas que tuviera de divertirse torturándola.

Nunca lo denunció ni buscó otra ayuda que la de Dios, su advertencia siempre presente, más aún cuando los sobres seguían conteniendo recortes de fotos.

No quería que le enviara fragmentos de su hijo.

Siete años y ocho meses después del robo de su pequeño llegó la última, aunque eso no lo confirmó hasta mucho más tarde. El primer año sin recibir cartas Cirila pensó que era una nueva tortura del monstruo. Pasó otro año y siguieron sin llegar. Se sumió en la desesperación. ¿Qué significaba ese terrible silencio? ¿Le había pasado algo a su hijo o era que el infame se había aburrido de su sádico juego? Tal vez había recibido su merecido castigo y estaba en el infierno. Pero, de ser así, ¿qué había sido de Jaka? La privación de información era el peor de los suplicios. La incertidumbre la volvía loca y le hacía plantearse acudir a la policía, pero no tardaba en recapacitar, la amenaza del monstruo muy presente en ella.

Cuando se cumplieron tres años sin cartas Cirila se armó de valor y acudió a la comisaría. Abrieron un expediente pero le advirtieron que era un caso complicado, había pasado mucho tiempo y no existía ningún dato real del secuestrador.

Tras dieciséis años después del robo y casi un lustro sin avances de la policía, Cirila perdió la esperanza. Acudió a Dios y halló respuesta. Él no podía abrirle la puerta si ella no giraba el pomo. Rezar no era suficiente. Debía buscar si quería encontrar. No podía seguir en la inmovilidad. Sintiendo fortalecida por Su apoyo, hizo la maleta y se fue al país desde el que el monstruo había franqueado la última carta. Dudaba que siguiera allí, pero no se le ocurría otro sitio por el que empezar y quedarse en casa ya no era una opción. Necesitaba hacer algo. Dios no la socorrería si no empezaba a socorrerse ella misma.

Los primeros meses en Alemania fueron duros, se sentía perdida y desamparada. Allí todo era distinto, incluso las iglesias. Sus paredes no tenían grietas por las que se colaran corrientes de aire ni se condensaba en el ambiente el intenso y familiar olor del olíbano. El idioma en que se celebraba la liturgia tampoco era el suyo,

lo que le imposibilitaba seguir las oraciones, pero no le importaba porque, a pesar de las diferencias, el consuelo de Dios le seguía acariciando el alma con la misma ternura.

Desde los primeros días tomó la costumbre de observar cada rostro juvenil con que se cruzaba. Su bebé tenía diecisiete años. ¿Cómo sería? Alto, sin duda, en su familia todos lo eran. Por las fotos fragmentadas sabía que tenía el pelo castaño, los ojos saltones, las orejas despegadas, la nariz respingona y la boca definida, como los hombres de su familia. De hecho, a Ciri se le antojaba que, en las últimas fotos recibidas, cuando Jaka tenía poco más de siete años, se parecía mucho al retrato de su abuelo.

Ahora Jaka ya no sería un niño, sino casi un hombre, sus rasgos habrían perdido la dulzura de la infancia y se habrían afilado con la madurez de la adolescencia. Cirila se agarraba a la esperanza de que su hijo se pareciera a su abuelo. Se lo decía el alma, y allí era donde habitaba el espíritu de Dios, por tanto no podía estar errada. Así que cada noche miraba la única foto que tenía de este en su juventud y se grababa sus rasgos en la memoria para al día siguiente deambular por la ciudad y buscar su rostro entre los de los adolescentes que transitaban las calles.

Dios te ayuda si tú te ayudas. Aunque tenía claro que encontrar así a su hijo sería, más que una ayuda, un milagro. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Los siguientes años trabajó, rezó y buscó. Y cuando no encontró, siguió rezando, buscando y depositando toda su fe en Dios.

Y el día más inesperado obtuvo respuesta a sus plegarias.